

## RESEÑAS

FERNANDO SERRANO (coord.), *Homenaje a Rafael Segovia*, México, El Colegio de México-Fondo de Cultura Económica-Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, 1998, 560 pp.

Como Fernando Serrano lo señala en la introducción, el libro reúne una variedad de trabajos de colegas, discípulos y amigos de Segovia, quienes de esta manera expresan su gratitud, afecto y admiración hacia el maestro generoso y brillante que ha hecho de El Colegio el centro de sus actividades pero cuya influencia rebasa con mucho la puerta de esta casa.

Los trabajos que componen este volumen retratan la influencia de Segovia en la investigación de las ciencias sociales, en particular de la ciencia política. Los textos se refieren a temas de los que el homenajeado ha sido estudioso perseverante y, en no pocas ocasiones, pionero. Se presentan así ensayos sobre la historia de México, sobre el sistema político, sobre el gobierno y la administración, sobre las relaciones internacionales del país, sobre la teoría del Estado y sobre el propio Colegio de México.

Más allá de su contenido, de los textos puede recuperarse la noción que el propio maestro Segovia tiene sobre el papel del intelectual y que sin duda ha imbuido a sus alumnos: el de “racionalizador y explicitador del hecho político ante el público”.<sup>1</sup> Las cartas credenciales del intelectual, nos ha dicho, son la claridad y la libertad.<sup>2</sup> Felizmente esta tradición, cuyos orígenes en El Colegio encontramos desde su fundación, ha perdurado a lo largo de los años y se transmite por generaciones.

Como bien se apunta en algunas páginas de este volumen, el espacio de enseñanza de Segovia es más amplio que el aula o el cubículo. Sus escritos, los académicos y los de opinión, pero sobre todo su conversación son fuente sustancial de enseñanza. Quien escriba la biografía de Segovia tendrá que recurrir, como herramienta esencial, a la historia oral.

En este amplio espacio de la enseñanza Segovia ha contado con un alia-

<sup>1</sup> Rafael Segovia, “El fastidio electoral”, en Soledad Loaeza y Rafael Segovia, *La vida política mexicana en crisis*, México, El Colegio de México, 1987, p. 20.

<sup>2</sup> *Ibid.*

do fundamental: el uso de la palabra. Con un dominio del idioma excepcional, Segovia practica lo que escribió cuando señalaba que sólo la habilidad exclusiva del intelectual, que es el lenguaje, hacía de él un hombre distinto, ciertamente distinto al político.<sup>3</sup> Es por ello un doble placer leer o escuchar al maestro Segovia: por la forma y por el fondo.

He señalado que los alumnos y discípulos de Segovia en la academia han recibido sin duda su influencia y orientación. Pero éste también es el caso de quienes optamos por otro camino: el del trabajo en el sector público o el de la aspiración a participar en política. Hay un aspecto que en particular a mí y, por lo que he oído, también a algunos de mis compañeros nos despierta un gran interés cuando leemos y, sobre todo cuando escuchamos, al maestro Segovia: el de su opinión sobre los políticos.

En conversaciones siempre reveladoras, y ciertamente muy disfrutables, el maestro Segovia nos refiere a su visión sobre los hombres del poder. Quienes no estuviesen familiarizados con el profesor podrían impactarse con una crítica descarnada, incluso sarcástica, pero quienes hemos podido conocerlo sabemos que generalmente es certero en su apreciación. Más allá de eso sus palabras llevan, cuando ha acabado la tertulia o la lectura, a la reflexión sobre el ejercicio y los usos del poder.

En la obra escrita de Segovia encontramos una serie de impresiones sobre el político mexicano, su transformación a la par que se han modificado las pautas educativas del país, sus cambios en el propio proceso de transformación del régimen.

Segovia nos ha señalado que en la fundación del sistema, con la creación del Partido Nacional Revolucionario, el vacío imperante entre el ciudadano y el poder fue ocupado por los profesionales de la política, un grupo —dice él— sin contornos precisos, sin formación específica, carente a veces de un mediano barniz teórico, incluso ideológico.<sup>4</sup>

Se trata de una clase de político al que el ejercicio del poder convierte —como sucedería en cualquier parte del mundo— en un político conservador en el sentido de preservar el propio poder que su grupo o partido han construido a lo largo de los años. En el caso de México, el predominio de un solo partido por varias décadas quizá hizo más evidente esta actitud, como también lo menciona en su artículo del libro de homenaje Alberto Arnaut.<sup>5</sup>

<sup>3</sup> *Ibid.*, p. 21.

<sup>4</sup> Rafael Segovia, "El regreso de la política", *Cuadernos de Nexos*, núm. 2, septiembre de 1980. Reproducido en Rafael Segovia, *Lapidaria política*, México, Fondo de Cultura Económica, 1996, p. 304.

<sup>5</sup> Alberto Arnaut, "El Partido Revolucionario Institucional", en Fernando Serrano (coord.), *Homenaje a Rafael Segovia*, México, El Colegio de México, Fondo de Cultura Económica, Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, 1998. pp. 155-191.

Este conservadurismo del político, y a final de cuentas de quien detenta algún poder en distintos ámbitos, se expresa, nos ha dicho Segovia, en por lo menos dos aspectos: por una parte su manera de actuar cautelosa que subraya la bondad de lo ya probado, su apego a los “misterios” del sistema —“misterios” que siendo finalmente sólo para iniciados contribuyeron en México a abrir la brecha entre gobernantes y gobernados—; el apego a reglas específicas en el cual el juego del poder es cerrado, exclusivo y excluyente, “un juego en el que el poder se concede o se otorga, jamás se gana”. El otro aspecto que revela este conservadurismo es su permanente sospecha ante el cambio, ante la más mínima posibilidad de perder el poder, de ahí su rechazo ante la posibilidad de que las decisiones puedan ser tomadas de manera democrática.<sup>6</sup>

En el México de un pasado no tan distante esto se manifestaba incluso en leyes electorales que hoy se antojan fuera de toda lógica, como la prohibición expresa a todos los partidos políticos nacionales de llevar a cabo elecciones internas para designar candidatos.<sup>7</sup>

En la evolución del sistema fue apareciendo una figura distinta, la que Segovia llamó tecnoestructura, comenzando por el sector financiero del Estado, y que dentro del sistema poco a poco fue alejando al político tradicional de los centros de decisión.

En toda la discusión sobre la división entre técnicos, o tecnócratas, y políticos, Segovia ha sido un lúcido exponente. Atraído hacia los textos de Vernon, Peter Smith y Rogelio Hernández, entre otros, Segovia no se ha limitado a ser observador crítico del debate. Por el contrario, desechando la caricaturización fácil planteó que a final de cuentas políticos y técnicos eran todos miembros de una misma clase política en México en la que, ciertamente, los políticos habían tenido que irse especializando y profesionalizando mientras que los técnicos tenían que irse incorporando a las estructuras políticas.<sup>8</sup>

Segovia fue, como todos sabemos, más allá: en 1982 estableció en El Colegio la licenciatura en administración pública; a un alumno de relaciones internacionales de entonces, que se refirió con sarcasmo a que si El Colegio se dedicaría a formar “tecnócratas”, Segovia respondió que si eran buenos tecnócratas qué mejor para la administración del gobierno.

<sup>6</sup> Rafael Segovia, “¿Va a triunfar el reformismo?”, *Razones*, núm. 4, 25 de febrero-9 de marzo de 1980. Reproducido en Segovia, *Lapidaria...*, p. 173.

<sup>7</sup> Rafael Segovia, “La difícil disyuntiva política”, *Plural*, núm. 53, febrero de 1976. Reproducido en Segovia, *Lapidaria...*, p. 128.

<sup>8</sup> “Modernización y restauración política”, ponencia presentada en la conferencia “La sucesión presidencial: reflexiones binacionales”, Universidad de California, Riverside, octubre de 1988. Reproducido en Segovia, *Lapidaria...*, p. 311.

Ahora, como nos dice María del Carmen Pardo en su ensayo en este libro,<sup>9</sup> el país debiera ir más allá: a la formación de un cuerpo permanente de funcionarios del Estado con una preparación más sólida. La construcción institucional de México, derivada de los cambios políticos, requiere del fortalecimiento, más aún de la creación de un servicio civil de carrera.

En sus conversaciones, Segovia hace referencia de los hombres del poder con nombre y apellido. En esas charlas he tenido la posibilidad de escudriñar su admiración por algunos de ellos —no muchos por cierto—, su respeto por otros pero sobre todo las características que él considera relevantes en un político de valor: la inteligencia, la claridad de ideas, la habilidad, la sagacidad para destacar en un juego de estrategias y tácticas y el atrevimiento. Valora también la lealtad, la coherencia y desde luego la honestidad. Teniendo todas estas rasgos creo que también pudiera darle un valor a la caballerosidad y quizá hasta a la elegancia, siempre que la forma tenga también fondo y no sea un cascarón inútil.

Pareciera que, con respecto a los políticos, Segovia admira a aquellos que dan el paso más allá, precisamente a quienes no son los conservadores que participan en el juego cerrado y excluyente. A aquellos que ensanchan fronteras, que tienen una visión amplia sobre las necesidades de la sociedad y las saben combinar con los requerimientos del Estado. Le he oído expresar, por ejemplo, su respeto a figuras como Jesús Reyes Heróles.

En el campo internacional creo que Segovia admira, sobre todo, al estadista. Por ejemplo, sin hacer caso omiso de las contradicciones de su pasado, y aun de su paso por la Presidencia francesa, le he escuchado expresiones de respeto por François Mitterrand.

He querido abordar brevemente este tema de la visión de Segovia sobre el político por dos razones. En primer lugar porque, como lo señalé hace unos momentos, su opinión es referencia para quienes quieren hacer política inteligentemente en este país, pero sobre todo es referencia obligada para sus alumnos de El Colegio que queremos participar en la función pública y en la política. Creo que no me aparto de la verdad si digo que sus discípulos en el sector público estamos atentos a sus reflexiones y tenemos un “tipo ideal” de político que reúne las características a la que el maestro Segovia alude en sus escritos y conversaciones. Ojalá pudiéramos acercarnos a ese tipo ideal.

La segunda razón es que en los momentos de crispación política que vive el país, con un gobierno dividido en el cual el Ejecutivo ha perdido la mayoría en la Cámara de Diputados, con partidos fracturados, con una rela-

<sup>9</sup> María del Carmen Pardo, “Una conversación con el profesor Rafael Segovia”, en Fernando Serrano (coord.), *Homenaje...*, pp. 345-356.

ción distinta entre el centro y la Federación, con un sistema cuyas reglas de funcionamiento —y aun de civilidad— se modifican continuamente, con medios de comunicación que han asumido una actitud diferente ante la autoridad, y ahora incluso con cada vez mayores dudas de los actores principales sobre la efectividad de los órganos electorales, la reflexión sobre el papel y los rasgos del político se vuelve fundamental. A final de cuentas la política la hacen los hombres de carne y hueso.

Ante esta situación actual se vuelve importante rescatar lo que Segovia señalaba en 1988 cuando diferenciaba al hombre de Estado del hombre de gobierno. Escribió: “El hombre de Estado tiene la obligación de asentar las bases de un futuro casi siempre incierto por el juego de los factores sociales y económicos, de los políticos sobre todo; el hombre de gobierno debe acudir, en la medida de lo posible, a resolver los problemas más urgentes, capaces de dislocar una situación social por lo que ésta, siempre, puede generar como protesta y como disrupción.”<sup>10</sup>

MAURICIO REYES

SOLEDAD LOAEZA, *El Partido Acción Nacional: la larga marcha, 1939-1994. Oposición leal y partido de protesta*, México, El Colegio de México, 1999, 607 pp.

Hay libros que se escriben porque sí, porque surgió la oportunidad de examinar un archivo, porque se logró robarle tiempo al tiempo y se pudo investigar y escribir lo que se había planeado años atrás, o porque hubo los recursos para llevar adelante un proyecto inviable hasta ese momento. En contraste, están los libros cuya aparición no tiene nada de casual, sino que su autor calibró las circunstancias y se lanzó de lleno a ofrecer algo que los tiempos demandaban, a dar su punto de vista y contribuir a moldearlos en la medida en que un libro puede hacerlo. En este caso, tiempo, obra y voluntad coinciden. El libro que aquí se presenta, *El Partido Acción Nacional: la larga marcha, 1939-1994. Oposición leal y partido de protesta*, de Soledad Loaeza, pertenece a este último tipo de obras, las que buscan responder a interrogantes que no son sólo interrogantes para el autor sino para la comunidad. Desde luego esa respuesta es también una toma de posición, una participación en el juego que se analiza.

<sup>10</sup> “Los hechos impacientes”, *Cuadernos de Nexos*, núm. 5, diciembre de 1988. Reproducido en Segovia, *Lapidaria...*, p. 326.